

TRÁNSITO

Por: Carmen Jaime Santamaría

PRIMER PREMIO TEMA LIBRE
CONCURSO DE RELATOS DEL X DÍA DEL PÍNFANO (2013)

Tránsito Heras se estaba mirando en el espejo de su cuarto de baño. Aún no se podía creer lo que hacía menos de una hora le había dicho su hija Tina.

Hacía una semana que Cristóbal, el padre de Tina, había muerto y venían de la Misa que se había celebrado en la parroquia. Ya en su casa, en la de Tina, se habían sentado en el sofá mientras el padre de sus dos nietos, Roberto, trasteaba en la cocina improvisando algo para comer.

-Dile a tu marido que no haga tanto ruido, hija, que parece que en vez de preparar comida estuviera conduciendo una excavadora. Por Dios que estruendo, me va a estallar la cabeza.

-Vale mamá, ahora se lo digo... recuéstate un poquito mientras pongo la mesa.

-Para tumbarme estoy yo; lo que me tenía es que haber ido con tu padre que parece mentira la faena que me ha hecho.

Tina miró a su madre mientras se dirigía a la cocina. No quería estallar tan pronto con el cuerpo de su padre aún caliente y la pena que le subía por dentro, a oleadas, dejándola casi sin aliento. Su padre el ser más bueno y cariñoso que había conocido se había ido para siempre y ella aún no era capaz de admitirlo. Tendría que ir superando las distintas etapas del duelo pero aún era pronto. Se imaginaba llegando a casa de sus padres con sus hijos por las tardes a la salida del colegio y veía a su padre en su sillón con el periódico o un libro en las manos. Los besos a sus nietos, a ella misma, su talante, siempre de buen humor, la sonrisa permanente mientras les daba a los niños cualquier chuchería comprada pensando en ellos. Y después las voces de su madre protestando por todo.

-Por Dios hija ¿de dónde salen estos niños tan sucios y despeinados?, parecen que vienen de la guerra, anda llévalos al cuarto de baño que se laven un poco, me van a poner todo perdido.

-Sí mamá... como tú digas. Y vienen del colegio; por eso vienen así, porque juegan y se pelean entre ellos como todos los niños del mundo a estas horas de la tarde. Y a mí me gusta que salgan así, quiere decir que son felices y que han disfrutado del día. El baño se encargará de devolverles el aseo que tanto te preocupa.

-Tiene razón la niña, son niños- decía el abuelo- anda venid que vamos a merendar.

-Tú quieto ahí; ni se te ocurra entrar con ellos en mi cocina, ya voy yo que sois capaces de dismantelar mi trabajo de todo un día.

Y así tarde tras tarde cada vez que iban a verlos. Su padre callaba y obedecía sin rechistar lo que su madre ordenaba y los niños se refugiaban alrededor del abuelo en busca de la chuchería que guardaba.

-Eso, tú dales lo que se te antoje- volvía a la carga su madre- los estás malcriando, que desastre de hombre yo me tengo que hacer cargo de todo, eres una nulidad, anda dame el periódico que llevas las manos llenas de tinta.

Y así siempre; protestando por todo, sin una muestra de cariño, parecía que era incapaz de demostrar que lo quería, que los quería a todos.

Él callaba y se desprendía del periódico o de cualquier cosa que a su mujer le molestara.

Tina no quería estallar con su padre recién enterrado, pero su madre parecía no darse cuenta, seguía protestando por su muerte como si fuera una más de las cosas cotidianas que le molestaban de él, que eran todas.

Los niños comieron y se fueron a jugar al cuarto de los juguetes.

Tránsito empezó a hablar acelerada, a trompicones como si el mundo entero estuviera contra ella.

-Supongo que no pretenderás que me quede en ese cuarto lleno de trastos de los niños, es el único que tienes libre pero es muy pequeño, una semana ha sido suficiente, así a partir de ahora Borja compartirá su habitación con Tinina y yo me quedaré con el cuarto de la niña. Ya está avisada la mudanza, me traeré mis cosas más necesarias aunque no sé cómo las voy a distribuir en tan poco espacio. Pero en fin haré lo que pueda...Cerraré el piso y ya veré que hago con él y con los muebles.

Tina miró a su marido y pensó que era el momento. Ni duelo ni nada. Su madre pensaba mudarse a su casa y eso no lo iba a consentir. Ya no. Interrumpió lo que estaba diciendo y que ya había dejado de escuchar

-Mamá...

-Y bueno cambiarán algunas cosas en esta casa...

-Mamá...

-No te creas que estos niños van a seguir haciendo lo que les dé la gana...

-¡Mamá!-gritó Tina

-¡Qué hija! ¿Qué pasa? No me grites, me he quedado viuda pero no sorda.

-Mamá, escúchame bien porque no lo voy a repetir. No vas a venir a vivir con nosotros. Nadie va a cambiar de habitación, ni tus cosas van a necesitar espacio. Nada va a cambiar en la vida de mis hijos porque tú no vas tener ningún poder para hacerlo. Esta semana, después de la muerte de papá, me ha parecido que debías estar con nosotros para que asumiéramos todos juntos su pérdida, pero he tenido suficiente y me ha sobrado. He hecho caso omiso de tus insinuaciones pero ahora voy a hablar muy clarito.

Pura abrió la boca con intención de contestar pero su hija no le dejó.

-Mira mamá; Pensaba plantearte la situación de otro modo, pero tú te has adelantado y no tengo más remedio que decirte lo que pienso. Y escúchame hasta el final. Bastante triste estoy por mi padre como para enredarme en una discusión contigo. Lo que tengo que decirte hace mucho tiempo que debí hacerlo. No lo hice por mi padre, por no darle el disgusto de no volver a ver a sus nietos, ni a mí. Tú no lo hubieras consentido después de hablarte, pero papá ya no está, y estoy segura de que aprueba lo que voy a decirte.

Tránsito no salía de su asombro al escuchar a su hija y aunque intentó hablar de nuevo, Tina se lo impidió llevándose el dedo índice a los labios.

Ya sé que te cuesta mucho trabajo escuchar, mamá. Lo tuyo siempre ha sido hablar y hablar, queriendo tener razón en cada momento, mandando toda tu vida, imponiendo tus más absurdas normas a todos nosotros, pero aquí en mi casa, no. No vas a venir a vivir con nosotros, te lo repito. Mis hijos se van a criar como Roberto y yo decidamos y tú no vas a intervenir en su educación. Bastante tuvimos y mi hermano y yo durante toda nuestra infancia y juventud. Mis hijos no pasarán por eso. Ni por lo que pasó papá. Él me lo contaba todo ¿sabes?

Tus malos modos, tu insana obsesión por la limpieza que te impedía que tomara el café de media tarde por no ensuciar las tazas, aquellos ridículos trapos en los pies para que sacara brillo mientras caminaba por el piso y no dejara huellas, la humillación que suponía para él hacerlo sin poder ni siquiera protestar. Papá te quería mamá, me lo decía, pero convertiste su vida, sobre todo desde que se jubiló, en un sinsentido constante protestando por todo lo que hacía; sí salía, si entraba, si comía, si no comía, si te hablaba, si no te

hablaba.

Hiciste de tu vida un reproche hacia a él de la mañana a la noche y él callaba por no discutir contigo. Pero también te molestaba que no discutiera. Le tirabas los periódicos sin que terminara de leerlos, todo te molestaba; que leyera, que de vez en cuando saliera a tomar un café con los amigos. Dejó de hacerlo por no oírte al volver. Por no escuchar tu verborrea constante echándole en cara que te dejara sola, que no te dejara un poco de tranquilidad, en fin que nada era de tu gusto. Ibas a ver a tu amiga Carola a la tienda y le dejabas como un pasmarote en la puerta esperando a que terminaras de hablar y de tomarte el café.

Él te esperaba durante más de una hora viendo pasar a la gente y preguntándose porque no se iba a su casa y te dejaba allí cuanto tiempo quisieras. Temía tu reacción y no le compensaba, así que hizo de aquellas esperas una forma de escapar a tu control. Allí en la puerta podía fumar lo que quisiera sin escucharte...

Mi hermano huyó al extranjero en cuanto pudo, con Claudia, por no aguantarte mamá. Sabía que te entrometerías en su vida y su matrimonio se resentiría, así que puso tierra de por medio. No te gustó Claudia, ni Roberto pero te hubiera dado igual cualquier otro que hubiéramos escogido. Como no pudiste impedir que mi hermano se marchara y dirigir su matrimonio, lo intentaste con el mío sabiendo que Roberto es bueno y que jamás te iba a faltar al respeto, ese respeto que tú impones que no es otra cosa sino miedo, miedo a tus reacciones por no salirte con la tuya.

Mamá, mi hermano y yo echamos siempre de menos la madre cariñosa y comprensiva que nuestros amigos tenían. Nunca consentiste en que ninguno viniera a merendar, ni a vernos cuando estábamos enfermos, ni a hacer los deberes. Siempre éramos nosotros los que íbamos a sus casas y nos llamaba la atención los cuartos desordenados, las cocinas llenas de tazas, tostadas, cola caos y migas por la mesa. Y las risas; eso es lo que más nos impresionaba, las risas de nuestros amigos mientras su madre nos ponía la merienda y reía también, sin importarle las migas ni el cola cao derramado.

Fuimos unos niños tristes mamá. Papá intentaba que no lo fuéramos pero tu talante siempre arisco nos lo impedía. Protestabas al vernos con el baby sucio, por los calcetines caídos, por las carteras a medio cerrar. Nada te complacía, tu vida era, y es, la limpieza enfermiza, el orden obsesivo, que nadie sacara los pies del tiesto. No, mamá, ahora ya no. Papá se ha ido para siempre y te diré por si no lo sabes que se ha dejado ir. Su enfermedad te molestó tanto que llegaste a decirle que no tenía nada, que todo lo hacía para mortificarte. Mortificarte a ti... que ironía.

Tú que has hecho de la mortificación a los tuyos tu modo de vida. Así que papá no puso empeño en curarse. Me dijo que no le importaba irse, que lo sentía por los niños a los que adoraba, pero no se veía con fuerzas para enfrentarse a su enfermedad contigo. Y ahora hace un momento acabo de oírte lo último. Que papá te ha hecho una faena muriéndose. Es lo que me faltaba por oír de ti mamá. Ni muerto lo dejas en paz. No sé a quién vas a imponer tus normas, mamá, pero a nosotros no. Estaremos aquí siempre que nos necesites pero viviremos solos, y tú en tu casa harás exactamente lo que te dé la gana que para eso es tuya, pero esta es la nuestra.

-Pero Tina si ya he avisado a la mudanza... ¿qué quieres que haga ahora?

-¿Eso es todo lo que se te ocurre? No has entendido nada mamá. La mudanza...no va a haber mudanza ya te lo he dicho.

Tránsito reaccionó señalando a su yerno con el dedo.

- Ha sido cosa tuya Roberto siempre supe que no eras trigo limpio. No son palabras de mi hija son tuyas que no me puedes ver. Lo mismo que Claudia esa mosquita muerta que se le ha ocurrido salir de cuentas cuando tu padre se estaba muriendo. Pero esto no va a quedar así. Tened por seguro que al final me pediréis de rodillas que venga a vivir con vosotros.

Roberto se levantó meneando la cabeza y se quitó del medio, aquella mujer terminaba con su paciencia.

Tina contestó a su madre.

-No será así, lo sabes. Yo ya no tengo que fingir para no disgustar a papá. Le propuse venir a vivir con nosotros cuando cayó enfermo pero no quiso. Por nada del mundo quería enfadarte. Le dije que tú siempre estabas enfadada que aquí estaría tranquilo pero no consintió. Y en cuanto a Claudia ¿pretendes que se ponga de parto a una orden tuya?... no puedo creerlo.

-Entonces soy una mala madre, por lo visto no os he querido a ninguno.

-No, mamá, no eres una mala madre. Sé que nos has querido mucho, lo mismo que a papá, que nos has cuidado siempre pero eres tan controladora, tan mandona, tan relimpia, estás siempre enfadada, hay que hacer lo que tú quieres en momento, nada te complace, y yo estoy cansada. Lo siento, no que no vengas a vivir con nosotros, eso sé que es una decisión acertada, siento que seas así y que nada te haga cambiar. Te lo dije hace años que lo tuyo necesitaba de un médico pero como siempre hiciste caso omiso. Y te quiero mamá te quiero mucho pero mi decisión está tomada. Y ¿sabes lo que te digo? que cada vez que llego a casa desordeno las revistas y dejo la cocina sin rematar solo por no ser como tú. Es que tiemblo solo de pensarlo. Me importa un pito que los niños desordenen su cuarto; mucho mejor, señal de que juegan que es su obligación; después lo ordenamos juntos y santas pascuas.

Tránsito se quedó por una vez callada viendo que aquella vez no podía con su hija. Dijo que no tenía hambre y que se iba a echar un ratito en la habitación de Tina.

Tina pensó en aceptar pero luego lo pensó mejor. No podía mostrarse débil en ese momento. Sería darle ventaja a su madre y ya la conocía. La quería pero la conocía y muy bien.

-No mamá, Roberto te acompañará a la tuya. Te prepararé un túper para cuando tengas hambre y esta noche te llamaré a ver cómo estás.

-Así me pagas lo que he hecho por ti y por tu hermano. Todos los sacrificios para que nada os faltara, ya lo sabía yo, lo sabía muy bien. La de cosas que no compré para mí solo para que tuvierais siempre de todo en la mesa...

Lo decía secándose unas lágrimas inexistentes.

-Vamos mamá; afortunadamente no tuviste que hacer sacrificio ninguno. Papá te tuvo siempre como a una reina mora y a nosotros no nos faltó nunca de nada, no me vengas con cuentos de posguerra que te queda lejos. La abuela sí que pasó el quinario, no intentes apropiarte de su sufrimiento. Y te diré que sé que no tendrás problemas económicos mientras vivas, papá se preocupó siempre de tu bienestar por si se iba, como así ha sido.

Tránsito se levantó muy digna y dijo con retranca

-No hace falta que tu marido me lleve, que no se moleste. Pediré un taxi.

-Muy bien mamá como prefieras. Te llamo esta noche, y recapacita un poco en lo que te he dicho aunque solo sea por una vez en tu vida. Abrígate que hace frío.

Tina besó a su madre que torció el gesto relatando algo inaudible.

Y allí estaba Tránsito Heras delante del espejo del cuarto de baño pensando en lo que había pasado en casa de su hija. Se colocó el cuello del vestido negro de luto y le habló al espejo.

-Y ahora Tránsito ¿a quién vas a mandar? ¿A quién vas a reprochar? Estás sola y nadie te va a escuchar ni obedecer.

Se colocó un mechón de pelo rebelde y se contestó a sí misma

-Contigo, Tránsito, me pelearé contigo mientras me quede aliento. Yo no puedo vivir sin mandar y sin que se haga mi santísima voluntad. Nací así y así moriré. Así que espabila que te has quedado viuda pero aún te quedan dos hijos y dos nietos, más uno en camino, amén de un yerno y una nuera y queda mucha vida por delante. Esto no se ha terminado.

Te lo digo yo, Tránsito, no se ha terminado. Aquí, en el espejo, te espero cada mañana y pobre de ti si no está bien limpio.